

EL MATRIMONIO VIVIDO A LA SOMBRA DE UN MONASTERIO⁶⁴³

Frente a la Abadía de Solesmes, del otro lado del plácido Sarthe, a cuya vera está construido el venerable monasterio benedictino, vive un escultor. Por lo menos vivía allí cuando estuvimos en 1952. Al felicitarlo por vivir y trabajar “à l’ombre d’une Abbaye”, él me respondió: “No, señor. Yo vivo a su luz”.

Y es también a la luz de un monasterio, en contacto próximo con la vida monástica, donde mejor puede vivir un matrimonio cristiano. No sólo por lo que le puede dar. Sobre todo por lo que de él puede recibir. Digo que puede, sólo que puede, pues no basta vivir a la sombra o a la luz de un monasterio para que esa cercanía sea realmente una bendición. Es preciso saber vivir a esa luz y a esa sombra, pues lo que los monasterios irradian es, al mismo tiempo, luz y sombra, día y noche.

1. ¿Qué puede dar un laico casado a un monasterio?

Es la primera pregunta de esta entrevista imaginaria.

Ante todo, la vida. O sea, un hijo o una hija, expresión máxima de la vida de un matrimonio. Un monasterio no es una entidad abstracta. La vida comunitaria, que es, sin duda, un esencial de la vida monástica, no excluye en modo alguno la singularidad y la personalidad de cada uno de sus miembros. Es precisamente esa nota específica de cada miembro de la comunidad lo que un matrimonio puede dar a un monasterio. Darle una vida humana, una e indivisible, con todas las particularidades que ella contiene y que son su potencialidad propia.

Con esa vida humana, una e incommunicable en su esencia, el matrimonio puede dar al monasterio todo lo que hay de grandeza y de miseria en la supuesta libertad del mundo. No hay mayor error que considerar la entrada en la vida monástica como una fuga del mundo. O como un refugio contra los peligros del mundo. El monasterio debe ser una célula de vitalidad y de irradiación para el mundo Y no un puerto seguro y una simple protección contra los vientos del mundo. Pero para que el monasterio no se aisle y cree una barrera infranqueable entre la vida intra-muros y la vida extra-muros, es necesario que el mundo entre en el monasterio. No que lo contamine con sus microbios, sino que le impida dejarse vencer por el espíritu de fariseísmo que el aislamiento y el contacto constante con Dios pueden traer consigo. Recuerdo, a propósito, un pequeño episodio verídico que me contó el grande y añorado pensador Lorenzo Filho. Un matrimonio muy celoso de la salud de sus hijitos, los crió en casa, como en una redoma, con excesivos cuidados. Los niños empezaron a experimentar síntomas de una anemia tal que los padres los llevaron al pediatra. Después de informarse de las condiciones del caso, les dijo el médico: “¿Saben qué necesitan sus hijos? ¡Microbios! Si siguen así no tendrán en el futuro ninguna resistencia para la vida normal en contacto con sus semejantes”.

Algo parecido ocurre con los monasterios. Si se aíslan demasiado del mundo, serán víctimas precisamente de los males del mundo, sin recibir las virtudes que la proximidad de esos males suele generar. Lo que los casados pueden dar a los monasterios es ese contacto con los errores y las cualidades que nacen y crecen en todas partes del mundo, según las palabras del mismo Señor, en el Evangelio.

⁶⁴³ Tradujo: Mectildis C. Santángelo, osb. Abadesa de Santa Escolástica.

Ese lazo de unión con el mundo es, después de la vida misma de los hijos –a quienes la propia vocación lleva a ingresar en la vida monástica–, lo mejor que los matrimonios pueden dar a la vida de un monasterio.

Además de eso, pueden dar el estímulo que siempre nace de los estados de tensión entre modos de vida diferentes, tanto para el bien como para el mal. Una vida ejemplar de un laico casado es un acicate para el relajamiento que la “acedia”, el mal monástico por excelencia, puede traer consigo. Al mismo tiempo, las angustias, los problemas, los sufrimientos que la vida en el mundo comportan normalmente, representan para los monjes un motivo más para fortalecer su vida monástica y verificar cuán infinitamente menos dura es –si la comunidad fuere auténtica– que la vida en el mundo.

Finalmente, lo que el laico casado puede y debe traer al monasterio, es la noticia, la información, el dato existencial, los hechos de cuyo encadenamiento armonioso u hostil, está tejida la propia vida humana del pueblo de Dios en la lucha por la subsistencia, en la tentación del dinero y de los placeres y en el duro esfuerzo para no traicionar la confianza de Dios.

2. ¿Qué encuentra un laico casado en un monasterio?

Por encima de todo, la Paz. Aun cuando la vida conventual sea algunas veces una dura conquista contra los fermentos de desunión o de odio inconfesado, es la paz del espíritu lo que buscamos en los monasterios. La vida en el mundo es un perpetuo desafío a nuestros nervios, a nuestra paciencia, a nuestras tentaciones de la carne y del espíritu, a nuestra vanidad y a nuestro orgullo. Todo ello representa lo contrario de la Paz, la negación de la Paz, la invitación al egoísmo y a la angustia y hasta la desesperación. Lo que buscamos entonces, en el contacto con la vida monástica, es precisamente la superación de esas antinomias por la paz del espíritu.

Y esa participación se alcanza por el espectáculo de la unidad. Vivimos, aquí afuera, desunidos, luchando unos contra otros, hablando mal unos de otros, compitiendo para obtener victorias sobre los otros, legítimas o ilegítimas. En definitiva, vivimos desunidos. Y es por eso que perdemos la paz, tanto en nuestro mundo interior –la paz con nosotros mismos–, como en nuestras relaciones con el prójimo –la paz con los demás–. Estado de guerra latente o patente que lleva siempre a la tentación de la violencia. Por eso buscamos, en los monasterios, el espectáculo de la unión, de la unidad de espíritu, de la primacía del Único necesario.

Por eso buscamos en los monasterios esa primacía de Dios –primacía del Padre como medida de todas las cosas– y que es fruto de la unidad de espíritu y de la fe en la trascendencia y en la paternidad divina, que dan sentido a la vida.

Esa búsqueda del sentido de la vida es capital en nuestro contacto con la vida monástica. ¿Para qué vivir? Es lo que a cada instante nos susurra al oído el tentador de afuera y el tentador de adentro que somos nosotros mismos, cuando buscamos la paz e inquirimos la razón de la lucha y del sufrimiento que lo cotidiano nos inflige a cada momento y cuyo misterio nos cuesta descifrar. Y no lo conseguimos solos. Y por ello vamos en busca de la Paz, de la unidad, del sentido de la vida, y del vivir, por la vida entregada a Dios, que los miembros conscientes de una comunidad el monástica nos pueden proporcionar. Si no encontramos nada de eso, la reacción será aún peor. Una decepción con un monasterio es el más tenebroso fermento que pueda existir de abandono del ser humano a sus peores tendencias. Precisamente porque pedimos mucho a los monasterios, es tan considerable su responsabilidad ante Dios y ante los hombres. Lo peor es lo contrario de lo mejor. Sin embargo, representan las dos caras de la misma moneda. Y quien nos da lo mejor es siempre quien nos puede dar lo peor. El demonio no fue el más feo de los ángeles. Fue el más bello. Cuando la sal no sala, acidula.

3. ¿Qué piensa de un monasterio una familia cristiana? ¿Cristiana de nombre o cristiana de hecho?

En otros tiempos, en las familias cristianas de nombre se pensaba que un monasterio femenino era una prisión, en la cual eran recogidas las jóvenes que daban un mal paso. O también un lugar al que se retiraban las viudas o abandonadas por sus maridos a fin de no quedar solas en el mundo. Los monasterios masculinos, para ese tipo de familias, eran la mejor prueba del anacronismo de la Iglesia que aún mantenía en “redomas”, es decir, sin contacto con la realidad, instituciones tan inútiles y aún disolventes que servían sólo para perpetuar supersticiones o para recoger el desecho del pueblo. La prueba de esa concepción fue, en Brasil, un “Aviso” de 1855 del Ministerio del Interior del Imperio, que mandó cerrar en todo el territorio nacional, todos los seminarios sostenidos por las grandes órdenes religiosas. La intención de este método tan violento ¿o indirecto? era la de acabar así con esas órdenes impidiendo que se renovaran. La razón por la cual nuestro gran Obispo Don Vital María de Oliveira, Capuchino, fue a estudiar a Francia en un seminario franciscano de Versailles, fue precisamente porque no lo podía hacer en Brasil, siendo más tarde condenado, como se sabe, a cuatro años de prisión, porque tuvo la osadía de luchar contra la masonería entonces casi omnipotente en la política brasileña. En los escritos de los mayores literatos de ese tiempo –durante el siglo XIX– como por ejemplo en José de Alencar, encontramos párrafos extremadamente significativos y elocuentes sobre el descrédito absoluto a que había llegado el monaquismo.

Si ese fanatismo, antimonástico sin duda, representó sólo un momento transitorio en nuestra historia, semejante al que hoy pasa la Iglesia del silencio en los países totalitarios, de modo total en los países comunistas, de modo parcial y disfrazado en los países totalitarios o dictatoriales con fachada democrática, es un hecho que, en el ámbito de las familias sólo nominalmente cristianas, perdura aún una gran desconfianza respecto a los monasterios, tanto masculinos como femeninos.

En cuanto a las familias que son o procuran ser realmente. Y no sólo nominalmente cristianas, la visión es otra. Aunque no totalmente otra. Hay naturalmente familias que, en cierto modo, viven como aquel escultor de Solesmes, a la sombra de los monasterios, sea por tener en ellos personas queridas que entraron allí por una auténtica vocación, o por ser realmente familias que viven una vida cristiana integral y están convencidas de que el monaquismo, lejos de ser una desviación o una punición, es la forma más perfecta de vida, aunque no sacramentalmente ordenada, de la unión más íntima del hombre con Dios. Para esas familias los monasterios son lo que... son: comunidades de verdadero amor a Dios, de sincera búsqueda de Dios, unidas por un lazo que supera casi siempre las tentaciones más violentas contra la fraternidad.

Esas comunidades ofrecen, para esas familias y para la sociedad en general, el modelo, al menos intencional, de lo que debe ser la verdadera vida de unión entre los corazones, y de los corazones con el Corazón de Dios.

En cuanto a la generalidad de las familias auténticamente cristianas pero que no están ligadas a los monasterios sino por lazos afectivos o por convicciones religiosas profundas, permanece aún un resabio de desconfianza y de reserva, en relación a la supervivencia de esas comunidades. Siendo ése el tipo de familia que representan, en los países de tradición cristiana, lo que políticamente fue llamado en los Estados Unidos la *silent majority*, la responsabilidad de los monasterios, frente a ellas, es realmente considerable. No basta que sean o que parezcan ser: es un imperativo que sean lo que deben ser. Ese tipo de familias no consideran a los monasterios como modelos de santidad que sólo dejan de serlo cuando prueban que no lo son. Todo lo contrario. Consideran a los monasterios como un modo de vida anticuado y, en el fondo, inútil, pues estiman la oración como lo opuesto a la acción y no como su plenitud, como debe ser; y para ellas los monasterios son sospechosos o anacrónicos y realmente necesitan probar que no lo son, por su santidad de vida y por su eficacia espiritual. He ahí lo que me parece ser la actitud

de una familia cristiana frente a los monasterios, teniendo en cuenta los variados aspectos que presenta una sociedad nominalmente considerada cristiana.

4. ¿Qué aspectos del sacramento del matrimonio se enriquecen por el contacto de la vida monástica?

Los tres aspectos fundamentales del matrimonio, según san Agustín son: la prole, la fidelidad y el sacramento. *Proles, Fides, Sacramentum*.

Cualquiera sea la jerarquía de esas notas, que para muchos es aquella en la que la fórmula se coloca, siendo el fin primario del matrimonio la fecundidad biológica, y los otros dos en el orden de su colocación en la fórmula agustiniana (orden para mí inverso, pues la fecundidad biológica, es decir, los hijos, deben ser sólo una finalidad subordinada a las otras dos, por más importante que sea en sí misma), pero cualquiera que sea el orden en que coloquemos esas notas, lo que más se enriquece por el contacto con la vida monástica, me parece que es la sacralidad. No se trata de reducir el casamiento a una unión meramente espiritual como son los llamados casamientos místicos o aun los casamientos “blancos”, cada vez más raros si es que aún existen, considerados como nulos por el Derecho canónico. Sin embargo, hoy en día, en una sociedad evidentemente marcada por el predominio del placer sobre el deber, y de los deberes sociales sobre los deberes espirituales, es un hecho que la sacralidad del matrimonio –el matrimonio considerado como uno de los canales de unión de los hombres con Dios– es lo que más puede lucrar por su contacto con una comunidad monástica auténtica, pues ésta recuerda a los esposos y a los hijos la naturaleza eminentemente sagrada de esa comunidad doméstica. El matrimonio cristiano no es solamente esa célula de la sociedad, según un slogan que en otros tiempos era una evidencia, aunque hoy ya sea una nota contestable (o al menos contestada). Es por eso mismo que en una sociedad de tipo pluralista o naturalista, cuando no expresamente o íntimamente materialista como en la que vivimos, la nota de la sacralidad del vínculo conyugal y de la comunidad doméstica es, sin duda alguna, la que más ganará, por una intimidad de relaciones, constantes y sinceras, con una comunidad auténticamente monástica.

En cuanto a las otras dos notas conyugales, también lucran considerablemente con ese contacto. La fidelidad. Todos sabemos la precariedad hoy día, de esa mutua promesa que los esposos deben hacerse al unirse en matrimonio para que el amor que los una sea realmente de carácter diferente de la simple atracción física o intelectual que también participa de la trama social de la solidaridad humana. Difícil virtud, pues tiene que vencer la atmósfera hostil que naturalmente deriva del fenómeno de la intimidad. La intimidad consume los sentimientos como la fricción gasta los metales más resistentes. Es la prueba suprema del amor y está íntimamente ligada al tiempo y a la monotonía. Así como la repetición continua del mismo tono acaba por suprimir la sonoridad, la repetición continua de la misma presencia, de las mismas actitudes, de los mismos pensamientos, de la misma voz, acaba por suprimir la conciencia del amor o de la amistad, más aún, puede tomarse su antítesis.

El desprecio, la animosidad, el odio, son frutos de una intimidad que no es alimentada por la virtud de la fidelidad como garantía del amor, frágil y sublime sentimiento, que la separación destruye cuando es débil, y por el contrario alimenta cuando es fuerte, según la famosa comparación de La Rochefoucauld, cuando recordaba que “el viento apaga las velas y atiza los incendios...”. La fidelidad es la sal del amor: como la sal, preserva de la saciedad y da sabor a los alimentos; como el amor, da sabor a la intimidad, que sin él agría las uniones aparentemente más adecuadas. La imagen de la fidelidad en el seno de una comunidad religiosa bien formada y bien robustecida es, pues, un fermento incomparable para la preservación de la fidelidad conyugal.

En cuanto a la prole, el ejemplo monástico es una invitación a la fecundidad. Es ante todo, la obediencia a las leyes de la naturaleza. Un monasterio bien constituido es un seminario, un

semillero que prepara plantas que darán flores y frutos para los hombres. Cuando el monasterio es buscado por motivos egoístas, como fuga del mundo, como consecuencia de un amor mal correspondido o cualquier disgusto personal, es decir, cuando su finalidad es sólo introspectiva, entonces el monasterio no puede irradiar absolutamente nada. Es una fuente seca que no apaga la sed de nadie, ni aun, en poco tiempo, de la que lo buscó como un alivio y no como un camino de perfección y plenitud. Un auténtico monasterio, por el contrario, es una escuela de fecundidad y no de esterilidad. Nadie tiene más hijos que el monje que renunció a tenerlos biológicamente. Nadie más fecundo, espiritualmente, que aquellas que aceptan una esterilidad biológica en favor de una fecundidad espiritual infinitamente más rica. Pues bien, el ejemplo de esa fecundidad es, o mejor, puede ser, un ejemplo incomparable analógicamente, para la fecundidad material, de tipo físico, psíquico y espiritual. Porque los hijos –engendrados dentro de un ambiente espiritualizado por esas tres virtudes típicas del matrimonio– encuentran en los monasterios, especialmente femeninos, la más rica de las maternidades. Y, más tarde, de las escuelas. El monasterio es la escuela de los hijos ajenos, que los torna espiritualmente propios cuando las familias cristianas viven a la sombra de un monasterio. Basta ver la alegría de las monjas, principalmente de éstas, al contacto con los niños, para comprender cómo la sacralización de la prole, en un matrimonio verdaderamente cristiano, es otro fruto opimo de la intimidad de los matrimonios cristianos con las abadías que irradian y no solamente enclaustran. El monasterio no es una fortaleza de defensa, sino una fuente de luz y de vida abierta para llevar a Dios a los hombres. Por eso mismo, la vida fecunda de los matrimonios se alimenta, de modo incomparable, en ese semillero de vida que debe ser todo monasterio.

5. ¿Qué piensa el padre de una monja acerca de la vocación de su hija, y cómo la acompaña?

Como quien responde a esta pregunta es el padre de una monja ello implica una pequeña confesión autobiográfica. Recibí, de labios de mi hija, la confidencia de su vocación, como una gracia divina, muy particular. Fue hecha del modo más simple e inesperado: en la mesa de una confitería, en una noche del día de difuntos, en Petrópolis. Pero la noticia, lejos de ser un anuncio de muerte, fue inmediatamente una promesa de vida, y de “una vida en abundancia”. No que fuese una sorpresa total. Ni que yo no presintiera todo lo que hay de terriblemente doloroso en la amputación de un miembro de la familia tan entrañablemente querido: que justamente fuese ella la que constituyera la más elevada forma de familia, es decir, una unión indisoluble y total con Dios. Todo ocurrió, como suelo decir, con la naturalidad de las cosas auténticamente sobrenaturales. Ninguna palabra más enfática que otra. Ningún gesto menos cortés. Ni la más leve sombra de romanticismo o de pietismo. El aviso de una partida para siempre, con todo lo que representa el fin de la infancia y de la adolescencia de la más querida de las compañeras, llegó rodeado del silencio que dice todo lo que las palabras no consiguen decir.

Desde entonces, y particularmente desde que la consagración de la partida se tornó definitiva, sólo puedo decir que el sentimiento íntimo de una gracia especial recibida en nuestra casa y de una luz siempre encendida junto al altar, como si todos nosotros estuviésemos allá, es lo que confirma desde hace casi un cuarto de siglo, lo que me fue comunicado en dos palabras muy simples, y oído, sin ningún gesto dramático, en la mesa de una confitería. Desde el punto de vista de la plenitud espiritual que me llevó a recuperar la fe después de haberla perdido durante veinte años, puedo afirmar que la entrada al monasterio de mi hija, la menor de las mujeres, fue la mayor, la incomparable mayor señal de Dios en mi vida como fruto de mi conversión a Él. Considero pues, el día 19 de abril de 1951, día en el que mi hija franqueó la puerta de clausura de un monasterio, como la réplica del 15 de agosto de 1928, en que volví a la Casa paterna. Aquel día fue un complemento natural y sobrenatural de éste. Tanto más porque ella nació en 1929, como un fruto inmediato de mi larga búsqueda del tesoro perdido. Mi pobre fe, desde entonces, está sustentada y ejemplificada por la presencia de esta hija lejos de la casa paterna. Y por eso, humanamente hablando, esta otra paradoja. Ninguno de nuestros hijos e hijas –y son

siete– está tan cerca de nosotros, en todo sentido, salvo el sentido geográfico, como esa hija que vive lejos de nosotros. Y aun así está la confirmación de la paradoja verdadera del moralista francés. La ausencia, en el caso, realizó la plenitud de la presencia que es como la imagen de lo que es la presencia de Dios en nosotros. A veces nos quejamos de la ausencia de Dios en nosotros, y los mayores místicos, como las dos Teresas por ejemplo, nos muestran cómo el desierto de Dios es diferente de todos los desiertos. Es una ausencia más presente que todas las presencias materiales. Así es, y ha sido, desde hace más de veinte años para nosotros dos –la madre y el padre– e igualmente, puedo afirmar, para los seis hermanos y todos los miembros de la familia, ya hoy bien numerosa, esa ausencia singular de una vida entregada a Dios que es, cada día, como de hecho lo es, una vida entregada a cada uno de nosotros. *Deo gratias!*

*S. Carlos do Pinhal 424
01333 San Pablo, Brasil*